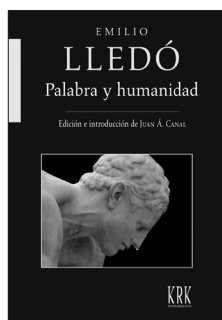


Emilio Lledó: la ética de la razón

Guillermo Quintás



Emilio Lledó, *Palabra y Humanidad*, Edición e introducción a cargo de Juan A. Canal, KRK Ediciones, 2015.

Al tener entre mis manos esta edición de textos que llevan la firma del Profesor Lledó, no pude evitar un pensamiento: esta edición supone el derroche de profesionalidad y de gusto merecidos por los textos de este Profesor que, habiendo sido capaz de trascender con su magisterio los ambientes y formas académicas, ha ganado el interés de los estudiosos y, sobre todo, la afectuosa atención de los espacios y actividades públicas que son compartidos por las personas ávidas de lo humano en cualquiera de sus dimensiones, sea la ética o la estética, la teórica o la política.

Transcurridos esos primeros momentos en los que apenas daba crédito

a la perfección del diseño y en los que repasaba las líneas y los tipos, las proporciones que mantenían entre sí, mi atención se desplazaba de la cubierta a la contra para volver a contemplar la cubierta que incorpora como ilustración una obra (*O Xylotraustis*) de D. Filippotis. Dentro de este proceso tomé noticia de la actividad de Juan A. Canal, desapercibida para el primer golpe de vista, quien ha asumido el cuidado de la edición y presentación de los textos del Profesor Lledó. La revisión de estas páginas evidencia que toda la tarea ha estado animada por el afecto del alumno que ha llegado a ganarse la amistad de su profesor; títulos que le reconoce el Profesor Lledó en su

Nota a la presente edición: «mi amigo y antiguo alumno de la Universidad de Barcelona». Juan Canal, seguidor y conocedor de sus textos, hace justicia al hombre del que nos dice que «cuenta con una nutridísima *fratría* de discípulos, admiradores y atentos seguidores de sus libros, artículos e intervenciones públicas, cuyo vivo aglutinante es la *simpatía*, ese sentimiento común de apreciar sus reflexiones, de compartir un punto de vista que dista de ser escéptico pero que es inequívocamente antidogmático, y de desear aprender de su sencillez, tan alejada del envaramiento pretenciosamente docto, así como de su machadiano ser, en el buen sentido de la palabra, bueno». No puedo sino recoger otra de las virtudes que atribuye al Profesor Lledó: «su enorme y contagiosa capacidad de transmitir conocimiento y entusiasmo por la filosofía y el saber». Destaco ambas características pues la primera guarda relación con el tipo de textos reproducidos; la segunda, porque me di cabal y perfecta cuenta de esa virtud cuando tuve la oportunidad de seguir sus comentarios a *Ética a Nicómaco* en una Denia veraniega, pero en cuyas mañanas acogía sus enseñanzas en las que nos mostraba las virtualidades del texto aristotélico, tan maltratado por la erudición; allí fijé por primera vez mi atención en un principio tan organizador como fundamental para nuestra conducta: «el principio de la elección es el deseo» y «la elección es o inteligencia deseosa o deseo inteligente».

Así pues, Juan Canal en una elaborada y precisa Introducción presenta al pensador con cuyos textos todos he-

mos reflexionado y en el que hemos aprendido algo más que los contenidos de un programa escolar; al menos, aprendí a vencer la necesidad de satisfacer la erudición («la costra» o «dura trama») para darme a la lectura de un texto de Platón y a no confundir las posibilidades que sus textos presentan al enfrentar cuestiones que pudieron ser tratadas por «sacerdotes y sacerdotisas», pero que en el texto platónico han pasado a ser enfrentadas por el filósofo; todo un símbolo de las relaciones entre la teología y la filosofía que acaba haciendo suyos los problemas tratados por la primera. Dar cuenta de ese machadiano ser bueno y de su invitación a la lectura constituye todo un programa y forma de pensar y vivir del que nuestras aulas universitarias como la misma sociedad siguen distantes. Esos textos, inéditos o recuperados de ediciones de difícil acceso, tienen un elemento en común: han sido redactados en los últimos veinte años, a partir de su ingreso en la RAE a finales del 1994 y han sido expuestos al ser investido doctor *honoris causa*, al recoger uno u otro premio, al presentar un libro, en un homenaje o acompañando un informe sobre los medios de comunicación, etc.; así pues, estamos ante textos que han buscado y seguirán encontrando lectores que ya no están en las aulas, pero que son sensibles al texto del filósofo. Textos que son buscados porque, sobre todo, «están impregnados de humanidad», están puestos en función de «desentrañar lo humano», de advertir de los peligros a los que se enfrenta en la actual configuración social: «Tal vez con acierto,

se ha dicho que la televisión, más aún que la escuela, puede haberse convertido en el educador por antonomasia de la vida contemporánea». Todo, incluso su lectura de los clásicos que son reiteradamente invocados, es puesto en función de «ayudarnos a identificar las claves de lo humano». La otra constante de los intereses teóricos del Profesor Lledó sería «la fascinación por la palabra y su poder». Fruto de ese interés y esa fascinación es la selección y organización de estos textos que se presentan con un título: «Palabra y humanidad». Textos, conocidos del especialista que sigue las reflexiones de E. Lledó, pero que hoy son puestos al alcance de la mano de esa amplia capa de población a la que Lledó siempre ha considerado y buscado como objetivo de sus reflexiones. El Profesor Lledó siempre ha tenido y encontrado su lector. En realidad, esta circunstancia puede aducirse como prueba de que los maestros no han pasado de moda; han de ser verdaderos maestros y en tal caso se cuenta con esa «nutridísima *fratría* de discípulos y admiradores» de los que habla J. Canal y que han provocado o acompañado al profesor Lledó en el momento de dar lectura a estos textos.

¿Me cabe la menor expectativa de éxito al dar cuenta de los contenidos de los veintitrés textos que son recogidos en este volumen? ¿Es posible tal tarea? Es claro que no, porque cada página de este formato de bolsillo obliga a reflexionar en paralelo y con la ayuda del texto. La única posibilidad de hacer justicia a la edición de este volumen reside en advertir a los lectores de esta reseña de algunas razones

que tienen los que no son especialistas de profesión en filosofía para recurrir a sus páginas. Esos lectores siempre identificarán una garantía, un gesto característico del Profesor Lledó: con cada página el lector puede desencadenar un proceso de reflexión sobre temas dispares, pero que delimitan ese ámbito del decir y hacer humano. No cabe establecer jerarquía entre los distintos textos recogidos en este volumen. Cada título ya posee en sí mismo el valor de apuntar al principio regulador de la reflexión del Profesor Lledó («Identidad y educación», «Elogio de la gratitud y la amistad», «Los libros me leen», «Reflexión sobre las humanidades», «Lenguaje, ética y felicidad», etc.) o simplemente destaca un motivo que pudiéramos considerar circunstancial, pero que se revela en la lectura no siéndolo («Las palabras en su espejo», «Palabras e imágenes», «Pablo Neruda», «El río de la memoria: Juan José Carreras», etc.).

Ahora bien, el lector de esta reseña podría participar de una posibilidad que opera en la reflexión de Lledó y que, por tanto, habría de arrastrarle hasta sus páginas: «Podría ocurrir que en esta época tecnológica, con tantas posibilidades de comunicarse, con tantas formas de oír la voz y sus palabras, nunca hubiéramos estado más obnubilados, más mudos, más inermes». ¿Por qué no considerar esta posibilidad? ¿Por qué no prestar atención a «la manipulación más o menos consciente de las palabras, ya vacías, que ponemos en circulación»? Si nuestro lector la asume y desea romper con tal estado, estos escritos pueden tener un gran interés

porque otorgan un lugar preeminente al análisis de la educación; no sólo se reconoce que: «uno de los grandes problemas de nuestro tiempo (...), de nuestro país es el problema de la educación», sino que se reitera la vía de la solución: «lo que realmente marca a los pueblos y les da vida y esperanza es todo aquello que se armoniza con el saber, con la cultura, con la belleza, con la verdad, en una palabra, con el ser». Y sentado este diagnóstico, sorprende la lucidez con que se rebate al político que piensa en mejorar esa educación poniendo un ordenador sobre cada mesa ocupada por un escolar, pues «ese instrumento tiene poco que ver con la educación. Educar es liberar, hacer pensar. Y ese pensamiento se va formando en el trato con las palabras, en el amor que sepamos despertar a través de la lectura». La vía de la liberación requiere de la asistencia de la educación pública. Al justificar esta necesidad, nos sorprende de nuevo con el modo en que recupera al ilustrado cuyas propuestas hemos ignorado («lo malo es que nuestras autoridades de entonces, y en muchos casos de ahora, desconocieran estas y otras propuestas») o al clásico para poner a nuestra disposición la línea argumental que debe guiar nuestra actividad en favor de esa maltrecha educación pública: «Puesto que toda ciudad tiene un solo fin, es claro que la educación tiene que ser una y la misma para todos los ciudadanos y que el cuidado de ella debe ser cosa de la comunidad y no privada».

Otra de las líneas que sorprende viene dada por haber abordado polémicas que han provocado ríos de

tinta. El diseño del análisis que Lledó desarrolla en cada uno de estos trabajos es verdaderamente instructivo porque si hemos decidido participar en la discusión, nos marca la actitud: «no debe plantearse con argumentos que sirvan para dar la victoria a uno de los bandos». Nuestro esfuerzo intelectual «debe mostrar los errores que pueden haber estado alimentando a los disputantes». Pero, a la vez, debemos «definir una nueva perspectiva que disuelva la mencionada oposición». Participar en la discusión con tal procedimiento afecta también a la valoración de las interpretaciones y comentarios que han sido suscitadas por obras como *La Crítica de la Razón pura*. Nuestra lectura de la *Crítica* no requiere haber asimilado y conocido todas esas disputas; esa puede ser una actitud que académicamente sea rentable, pero no lo es para quien en verdad está interesado en ser lector. El Profesor recomienda que no nos detengamos en negar el valor productivo de ese posible río de interpretaciones, pero debemos estar advertidos contra «la inercia histórica que ha tejido una dura trama que ha congelado el río vivo del pensamiento crítico». Hecha la advertencia, tal y como ha realizado en otros momentos, se invita al lector a sortear ese peligro, a construir las preguntas que han de regular la lectura del texto. Lo interesante es la forma de proceder.

La diversidad de títulos y de intereses atendidos en estos artículos no oculta una consideración de sí mismo como dotado de un oficio («sólo soy un Profesor de Filosofía») que mantiene una reflexión sobre ese lugar «don-

de anida y vuela el conocimiento: el lenguaje». Y asociado al mismo atien- de «el análisis de sus relaciones con la verdad» y denuncia «la despreocupa- ción por entender el sentido de las palabras que utilizamos». Denuncia de este tema al que otorga una califi- cación muy concreta: «uno de los ma- les de nuestro tiempo» en el que cada palabra parece estirarse en las disputas hasta perderse en la equivocidad y en el que cada norma desaparece bajo la arena del poder. Este señalamiento no puede entenderse como un juicio de valor exclusivamente retórico, pues si algo expulsa del lenguaje, si algo he- mos de lograr en nuestro trato con el lenguaje, es la univocidad en los usos de los términos que en nada impide la alusividad de los textos, su capaci- dad para trasladarnos al corazón de los problemas que acucian al hombre de hoy. Esa conjunción del hombre y de sus libros abre posibilidades como la que Lledó apunta: una posible au- tobiografía que cabría hacer surgir al «contar la historia de [su] biblioteca» y que se presenta ante el lector que se ha mostrado interesado en conocer lo que puede estar asociado a la afirma- ción «los libros me leen». Es entonces al tener entre sus manos el libro con precio y fecha cuando aprecia que has- ta «las letras de mi firma, tan distinta de la que haría ahora, se han deposita- do en mi memoria y han empezado a «mirarme», a releerme, a recobrar-me». Y de este modo se emite el juicio, se hace la evocación de sus «gananas de de- jar un país que hasta entonces solo me había traído miseria y muerte: años de escasez, de hambre, junto a la inconce-

bible, cruel, experiencia, con nueve o diez años que tendría, de haberme en- contrado con la muerte real, de haber percibido el olor de la sangre y la pólvora, de haber visto, de verdad, cuer- pos desgarrados, como aquel día en que vine con mi padre a Madrid (...) y nos sorprendió por la calle un bom- bardeo (...) Nunca han podido olvidar mis ojos aquellas imágenes». Muy pro- bablemente el texto como la evocación que presenta hayan sido pensados para amonestar, para instruirnos porque también Lledó pensaba que «no po- día tener ocultos [sus] pensamientos sin infringir gravemente la ley que nos obliga a intentar el bien general de todos los hombres». Y así se muestra una vez más la vinculación de un hombre que llega a reconocer que «no tiene tiempo para ocuparse de [sí] mismo», con un texto clásico, que, como Ma- quiavelo, «no se avergüenza de hablar con [los textos clásicos], de preguntar- les las razones de lo que hacen y que por su generosa humanidad me res- ponden». Este es sin duda otro de los intereses de los textos recogidos en este inestimable volumen que puede llenar los atardeceres de cuantos no tengan prisa ni se vean presionados por las ur- gencias de la vida o de la Academia a la que vapulea en más de una ocasión en la medida en que estuvo alojada en una Universidad «en cuya estructura [Lledó y Juan José Carreras] intuíamos la incompetencia, la malversación de los caudales culturales y de la inteli- gencia y, de paso, la manipulación de nuestra gente, de nuestros conciudada- nos». Estos textos han sido redactados para permitirnos gozar de la reflexión

que surge, se acompasa y progresa con la lectura. Pero también para plantearnos retos claros, como, por ejemplo, el reto de lograr que también nuestros estudiantes y profesores consideren la biblioteca como el edificio «más cuidado, el más vivo»; dicho de otra forma, para lograr algo de lo que parece que nos alejamos día a día: entrar «en la Unión Europea de la Cultura».

.....
GUILLERMO QUINTÁS es profesor jubilado de Filosofía de la Universitat de València.